

---

---

## PARTE SEGUNDA

---

### CAPITULO PRIMERO.

La corte de España.—Estado general de Europa.—Quevedo fugitivo.—Luto por la reina Margarita.—Corona fúnebre.—Alarcón en la servidumbre del Marqués de Salinas.—Encuentro desagradable.—Vida de Madrid.—El Quemadero.—Lope acuchillado.

1611

Cinco años iban transcurridos ya desde que Felipe III trasladó á Madrid, y fijó en ella para siempre, la corte de España, quitando á Toledo y Valladolid honor tan codiciado. El clima de la ciudad del Pisuerga, extremadamente húmedo é intratable durante el invierno; y en la del Tajo, las agrias y forzosas cuestas, molestas calles y muy apretada habitacion, dieron la palma á la villa del Manzanares, llana al punto de no hacerse fatigoso ni desapacible el tránsito, inhiesta para disfrutar de puros aires salutiferos, fácil de ensancharse á medida del deseo, y con

muchos y antiguos, aunque destartalados case-  
rones, si no para regalo, oportunos para cómodo  
alojamiento de próceres y tribunales.

Ocioso empeño habria sido en nuestro D. JUAN  
buscar aquí suntuosísimos templos y edificios ad-  
mirables, como los de Salamanca y Sevilla, en  
que el arte bizantino, el gótico y el del rena-  
cimiento hubiesen apurado la invencion, be-  
lleza y armonía; ocioso pretender que emula-  
se la nueva corte á la imperial de Toledo, y  
fuese otro monumento vivo donde quince si-  
glos de grandeza, en próspera y adversa fortu-  
na, dejaron los más bellos recuerdos de nuestra  
historia, literatura y artes. Decian poco ó nada  
en Madrid, á la memoria y á la imaginacion,  
iglesias, casas solariegas, puertas y murallas; ni  
por lo rico, atrevido y gallardo de la fábrica po-  
dian bizarramente formar el buen gusto en los  
moradores ni levantar su entendimiento. Aires  
puros, clima sano y holgura del lugar, capaz de  
muchoa gente, fué lo que, sobre cuantiosas dádi-  
vas y regalos, sedujo á D. Francisco Gómez de  
Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, favorito del  
Príncipe y Atlante de la hispana monarquía, pa-  
ra traer á este sitio la capital del más vasto im-  
perio del orbe. Amplia en verdad se necesitaba,  
rigiendo Filipo la Península ibérica desde al Al-  
garbe al Rosellon, y desde las ruinas de Sagunto

á la desembocadura del Tajo; y contando por  
suyo á Flándes, la mayor parte de Italia, mu-  
cho de la baja Alemania, extendidos pueblos é  
islas en Africa, todas las meridionales y no pocos  
estados de Asia, y casi entero el Nuevo Mundo.  
Sin embargo, ni Toledo ni Madrid fueron nunca  
el simbolo material del ibérico imperio, como lo  
habia sido del antiguo pueblo romano la Ciudad  
eterna; puesto que, en los modernos siglos de  
oro, el nombre y la significacion de España va-  
lian y decian mucho más que en los remotos la  
soberbia y codicia de una ciudad afortunada. En-  
tre nosotros, donde el Rey estaba, allí la corte;  
porque en la sagrada figura del Príncipe se per-  
sonificó y simbolizó, juntamente con la patria, la  
unidad, las aspiraciones y la cabeza de un pue-  
blo generoso.

ALARCON no iba á estudiar ahora monumentos  
y edificios; sino hombres; y de ahí que, léjos de  
aparecer en sus obras achicados éstos y en em-  
brion, como en las perspectivas y boscajes de  
flamencos tapices, llenen todo el cuadro con sus  
afectos y pasiones, opuestos intereses, intestinas  
luchas, bizarrias y miserias, magnanimidad y  
pequeñez, flaqueza y servidumbre. Comenzaban  
á dibujarse entónces unos tiempos que tenian que  
abundar en vicios, pero tambien en singulares vir-  
tudes; y en los cuales habian de verse, cual hasta

allí jamás se vieron tan seguidos y claramente juntos, la ira divina, la rabia humana y los pretextos execrables. (209)

Al pisar las calles de Madrid el americano, gozaba España de floridísima paz: Italia, quieta; Flándes, en tregua; Alemania, sin la astuta Isabel de Inglaterra que atizase sus discordias; Francia, atónita con el suceso trágico de Enrique IV, convertida en humo la ambición de este guerrero audaz, que, trocando su pequeña corona por otra muy grande, soñaba con seguir y adelantar las pisadas de Carlo Magno. (210)

Faltábales, pues, alimento de aventuras, guerras y novedades á los vagos de las gradas de San Felipe, en la Puerta del Sol, y á los del Mentidero, donde la calle del Leon desemboca en la del Prado. Faltaba, sobre todo, á los españoles, y desgraciadamente, enemigo de fuera que combatir, y tenían que buscárselo y hacérselo dentro de casa. La envidia y la difamación habían de culebrear por estos corrillos y despertar la baja sátira,

Que á grandes premios y á desgracias guía;

y engendrar divisiones y parcialidades. Todavía resonaban por las calles y plazas las bien intencionadas razones de Quevedo, fugitivo desde el

21 de Marzo, por haber atravesado con su espada, en el atrio de la iglesia de San Martín, al que dentro del templo y con poca razón y mémos reverencia, abofeteó el rostro de una mujer. «¿Hay paz por el mundo? ¿Paz, paz universal? ¿Eso pasa? ¡No hay guerra con nadie! No quiero verlo; que en tiempo de paz mandarán los poltrones, medrarán los viciosos, valdrán los ignorantes, gobernarán los tiranos, tiranizarán los letrados, letradeará el interés, porque la paz es amiga de pícaros. La guerra y la necesidad fuerzan á los príncipes conozcan y diferencien al bueno del que lo parece. En la guerra con extraños se acaban las raposerías de la pluma y la hipocresía de los doctores, y se restaña el pujamiento de licenciados.» (211)

La república ibase, con efecto, viciando lastimosamente. Encaramábanse en cargos y gobiernos personas poco idóneas, y en el dosel de la justicia los hombres prevaricadores. Así, en gastos supérfluos derrochábase la Hacienda pública, y eran impotentes para desempeñar el patrimonio Real los excesivos tributos. Sacrificados los pueblos, arramblaba el favorito del Monarca, para sí y para sus adeptos, con las más pingües encomiendas, con los rendimientos del tesoro y con la propiedad de muchos oficios. Languidecían la agricultura y la industria, por la

recientísima expulsión de los moriscos, y por la continua emigración á Italia y Flándes y á los dorados territorios de América. En disminución de poblaciones, desamparo de labranzas y ruina del comercio, cogíase el fruto del execrable lazo que une á los malsines, trayendo al borde del sepulcro á la nación los curanderos políticos, que entónces se llamaban arbitristas; de cuyos arbitrios y consejos ninguno fué tan desastroso y funesto como el de la moneda de vellón, á quien ha sustituido con no ménos triste fortuna lo que hoy decimos papel-moneda. (212)

Creciendo los apuros, se convocaron las Cortes para el 3 de Diciembre, en busca de auxilios que desahogasen la Hacienda. Presentóse la proposición el día 5; montó cuatrocientos cincuenta cuentos el servicio ordinario y extraordinario que se pedia, y obtuvo, para los tres años siguientes; y los treinta y seis procuradores á Cortes se volvieron á sus casas bien repletos, los unos con corregimientos y rentas, los otros con hábitos y oficios de contadores y gentiles-hombres de la boca en la casa Real, y los letrados con plazas en audiencias, «ayende de lo que á cada uno le han valido las Cortes, que es más de veinte mil ducados.» (213) Nadie dirá que perdieron el viaje.

Entónces, como siempre, alivióse por el mo-

mento con socorros efimeros la penuria del Erario, á costa de perpétuos gravámenes; pero el cáncer progresaba, divisándose á lo léjos el total desquiciamiento y la ruina. ¡Con qué terrible exactitud decia seis años ántes á su república el embajador de Venecia, Simon Contarini: «Tratar conviene á los españoles bien, conocido el natural de esta nación, tan constante en no perder lo que tienen; pues así como ahora les causa descuido la posesión pacífica de tantos reinos, despertarian con la ofensa. Ninguna guerra se les puede hacer mayor que dejarlos consumir y acabar con su mal gobierno. Acudiendo cada uno al bien particular, no se cuidarán del bien público; y vendrán á emplearse los tesoros de las Indias en gastos supérfluos é impertinentes, hundiéndose la nación en envilecida pobreza!» ¿Qué valdrian ya los consejos del P. Juan Márquez en su *Gobernador cristiano*; las sátiras de Quevedo, ni su *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás*, sino de protesta del sabio que no quiere hacer causa común con la locura de su siglo? Ellos pasarán immaculados á las edades por venir, cayendo en desprecio y olvido los engañadores tiranos. (214)

Al entrar por las puertas de Madrid ALARCON, halló contristados los ánimos con la muerte de la reina Doña Margarita de Austria, enlutadas

por defuera las personas que pudieron costear la librea del sentimiento oficial, y por dedentro los estómagos de los representantes, á causa de haberse cerrado los teatros. Sin embargo, verdaderas lágrimas brotaban en los ojos y en el corazón de cuantos conocian (y era el pueblo todo quien lo conoció mejor) las virtudes de tan humana señora, considerando sus pocos años, grandeza de estado, desengaño del mundo, lima de las cosas mortales, y que hay un Sér más poderoso que los reyes de la tierra. (215) ALARCON tuvo que comprarse lo primero un luto grande, embayetándose de piés á cabeza con la loba, capirote y demás arrequives de ordenanza, por extremo fatigosos, y que prestar oídos á la murmuracion de pañeros, sastres y mercaderes, por dilatarse las honras, con motivo de faltar el dinero (contratiempo que lo mismo suele acaecer á los muertos que á los vivos) por no construirse de nuevo el túmulo, y echarse mano de uno que habia servido en otras ocasiones. Trajéronse para los oficios los riquísimos ternos del monasterio de San Lorenzo del Escorial; y todo parecia á todos poco, excepto el número de las luces, por no haber en el mundo con qué poderse honrar la memoria de un ángel. (216) En los acerados labios de los maldicientes contrastaba la escasez y miseria de ahora con el despilfarro

y vanidad de pocos meses ántes, cuando á 26 de Agosto murió la Duquesa de Uceda, nuera del omnipotente favorito, y se trasladó á Valladolid el cadáver. Acompañáronle mil y quinientas mulas de alquiler, costando cada dia de camino treinta y tres mil reales; y holgábase el Fénix de los ingenios «de haber nacido en tiempo que haya visto semejante maravilla, que un muerto coma cada dia tres mil ducados; y más habiendo leído en una corónica de España que á una infanta della dieron de dote mil maravedís.» (217)

Las mujeres, y tras ellas el vulgo, que hacen de todo fiesta, convidados por la serenidad del tiempo, acudian, con pretexto del túmulo, á pasear y codearse en torno de San Gerónimo; tomando puerto delante del compás de la iglesia los coches, de que se contaban en Madrid legiones como de demonios, por lo mismo que trató de reducirlos á pocos la famosa pragmática de 5 de Enero. (218)

Si encontrar un caballo bueno y otro mejor, una mujer hermosa y otra más, eran á la sazón los encuentros ordinarios que habia en las calles de la corte, ¿cuáles no debian arrebatár la afición del mexicano en tan solemne dia, predicando el sermón de honras nada ménos que el insigne jesuita Florencia? Hubo en ellas tres largas misas de tres cardenales; admiró el concurso

de damas, y no dejaron de hallarse en el templo ninguno de los próceres ni de sus más estimados familiares. Entre los del Marqués de Salinas se contaría el buen DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, porque la grandeza sin igual de los poderosos es servirse de personas que valen tanto como ellos,

Y supuesto que no pierden  
De su calidad los nobles  
En servir,

segun dijo en *Todo es ventura*. (219)

Jués y viérnes, 17 y 18 de Noviembre, fueron las honras; y el sábado se vió convidado el Marqués para una academia que inauguraba en su palacio aquella noche D. Diego Gómez de Sandoval, hijo segundo del favorito, y conde de Saldaña, por su mujer D.<sup>a</sup> Luisa de Mendoza, de la casa del Infantado. Vivian los condes en la calle que tomaba nombre de este último título, á espaldas del altar mayor de la parroquia de San Andres, entre la plazuela de la Paja y la Puerta de Moros. En la reunion habian de hallarse los grandes poetas de la corte, y ofrecer las más bellas flores de su ingenio á la dulce memoria de la reina Margarita. Hé aquí propicia la ocasion de que admirase Don

JUAN reunido el Pindo castellano, y le pudiera comparar á su sabor con el de México. (220)

Los poetas fueron citados á las seis, pero el Conde no apareció en el salon hasta las diez: con que, cerca de la una salieron tales de hambre, cansancio y frío, lodos y quejas, que muchos formaron propósito de no volver al reclamo.

Hizo de secretario Lope de Vega, leyendo una cancion como suya; diéronse guantes, que era la propina de aquel acto, y se repartieron sujetos, es decir, asuntos, para que sobre ellos trajesen escritos versos los poetas el sábado siguiente. Honraron éste muchos señores, entre otros los duques de Feria y de Pastrana; acercándoseles nuestro indiano, por no ser conocido aún como poeta, ni venir pertrechado de versos fúnebres; y porque atento á sus pretensiones, deseaba tener cabida con Saldaña, hijo predilecto del valido. Y estúvole bien, pues al entrar en la sala, detrás de D. Luis de Velasco, saludando á derecha é izquierda, dióle el corazon un vuelco al reparar en cierto soldado mal vestido, de aspecto venerable, como de sesenta y cuatro años, el cuerpo ni grande ni pequeño, la barba de plata, con alguna muestra de haber sido de oro, los bigotes grandes, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de espaldas, pero de muy noble continente. El soldado no se cuidó

del contrahecho, y á éste vino á quitársele el gusto para toda la noche. Alguna deuda tendria con él, sin haberla procurado saldar. (221)

La casa y mesa del Presidente libró á DON JUAN de pasar el noviciado de corte y de echarse á buscar aposento, con riesgo de caer entre gente viciosa y distraida, en vecindad y barrios de mujeres livianas, hombres sobrados, insolentes, embusteros y quimeristas. Verbeneando por la corte los pretendientes, agentes, mercaderes y traficantes, sobre ellos se lanzaba, como langostas, una nube de rateros y estafadores, buscones y caballeros de industria, ingeniosas Elenas y astutas Celestinas. Encerraba Madrid, efectivamente, lo más noble y lo más plebeyo; lo más rico y lo más pobre; lo mejor y lo más abominable de España. No sé yo si el aprendizaje de Salamanca, el estudio de Sevilla y el traque-teo de tantas peregrinaciones, habrian sido preservativo suficiente para nuestro poeta á dar con su cuerpo y bolsillo en la posada de una maléfica Circe, diestra en recibir un papel con facilidad y contestarle con artificio; persona de cuenta, con estrado, silla de manos, esclavos y esclavas, mona y papagayo, criado gracioso, escudero poltron y portero bien enseñado; para cuyo Argel no habia redencion de cautivos. A intento de evitar los daños y engaños de las casas de huéspe-

des, se crearon en Madrid salas especiales de gobierno y policia, dividido el cuidado de las rondas y velas por cuarteles; se nombró quien examinase y averiguase el modo y vida del huésped, y la de forasteros negociantes y pretendientes; y se limitó con rigor la licencia á los unos, y la asistencia á los otros. Encontrábase á cada paso una tablilla por la puerta que decia: *Esta es casa de posadas*; y en el zaguan solia estar sentado, con aspecto estudiadamente venerable, el huésped, como la araña en lo más bien urdido y más aparente de la tela. (222)

Muy al contrario de ello, el orden, el silencio, la compostura y la paz reinaban en la cristiana y aristocrática mansion del Presidente de Indias. Acompañábale á la iglesia DON JUAN muy temprano, á la mesa, y algunos ratos por la noche. Lo demás del tiempo quedábale por suyo, y le empleaba en ir por la mañana al patio de Palacio; por la tarde á las joyerías, platerías y mercaderes de sedas, centro y golosa miel de femeninos cuidados, ó á las comedias. Gustábale el Prado, por reirse de ver, segun decia,

Andar de aqui para allí  
Y mirarse unos á otros. (223)

Deleitábase en recorrer la calle Mayor,

Sierra-Morena en Madrid,  
Pues allí roban á tantos

Mil damas ricos despojos,  
Llevando armas en los ojos,  
Y máscaras en los mantos. (224)

Pero jamás, por los respetos que se debió á sí propio y al Ministro con quien moraba, tuvo empeño en asistir á casas de conversacion y de trucos (hoy café y billar), prefiriendo acudir á las librerías, avendadas en la calle de Santiago, ó á las imprentas de Pedro de Madrigal y Luis Sánchez, donde el espíritu hallaba á toda hora en qué apacentarse dulcemente. (225)

Juésves, 1.º de Diciembre, D. Luis de Velasco tomó posesion de la Presidencia del Consejo de Indias, en los momentos que, á presencia de tres azotados, tostaban en el Quemadero á un mulato y perdigaban á un niño en la llama. Desplóse Madrid para presenciar el horrible espectáculo; mayor número de coches, mulas, caballos y rocines (segun testimonio de Lope), no se vió jamás en entrada ni salida de príncipe; y á la que hicieron los reos por la Puerta de Alcalá, pues allí estaba situado el brasero, dió el vulgo en tirarles lodo, sin respetar damas ni señores. El buen gusto y la índole de ALARCON retrajéronle de presenciar el castigo impuesto por la Audiencia de Madrid al sodomita y cómplices, y se estuvo paseando en las antesalas del Consejo, para ser el primero en felicitar al Marqués Presidente. (226)

Diez y nueve dias despues, un lúnes, á las ocho de la noche, ocurrió cierto lance que á la mañana fué objeto de todas las conversaciones. Súpose haber sido acuchillado Lope de Vega, salvando milagrosamente la vida. Pasó de este modo: La hermandad de los esclavos del Santísimo Sacramento, fundada en el convento de Descalzos de la Santísima Trinidad, á espaldas del palacio del Duque de Lerma, hoy de Medinaceli, debia elegir oficios el dia 27 para durante el año de 1612. Quiso Lope añadir al aplauso de su inmensa popularidad y fama, el realce de ser uno de los cuatro consiliarios á quienes se encomendaba anualmente el gobierno de la congregacion, compuesta de lo más lucido, eclesiástico y seglar, de la corte. Sabia que nadie hace mejor sus cosas que uno mismo; que no hay en los negocios tan buenos auxiliares como el secreto y cautela, y poseía el arte de conseguir que le rogasen con lo propio que deseaba. A las dos horas de anohecido, y envuelto en su capa hasta los ojos, tanto por el frio como porque no le conocieran, se fué á los Descalzos, y obtuvo la seguridad de la eleccion, visitando al P. Fr. Agustin de San José y al P. Fr. Alonso de la Purificacion, uno de los fundadores de la cofradía, ambos en ella por demás influyentes. Volvíase por la calle de Francos arriba, cuando comienzan á llover sobre él cuchilla-



das y mandobles, sin que pudiera desenvolverse ni meter mano á la espada. « No me hirieron (decia á los condes y marqueses que le visitaban el mártir), y los que ven mi capa lo juzgan á milagro; ántes la persona que intentó lo que digo, cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre. De donde se entiende que yo estaba inocente, y él engañado. » Pero á la gran suma de poetas que entró en su aposento con la mayor gana de hablar, hizo advertir que necesitaba de silencio y reposo. (227)

No debió perder ALARCON tan feliz coyuntura de visitarle, cuando anhelaba introducirse con personas de valimiento é importancia, y habiéndosele dado á conocer en la academia saldanien- se como uno de sus admiradores entusiastas y modestos imitadores. Fuera de que el monstruo de la naturaleza, como supremo oráculo de los farsantes, le podia abrir las puertas del escenario, donde trazaba ya por entónces DON JUAN halagar á su generoso Anfitrión, ponderando las maravillosas obras de la laguna de México.

-----

---



---

## CAPITULO II.

Dos Tenientes de Corregidor.—El Dr. D. Gutierre, Marqués de Careaga, y su “Desengaño de Fortuna.”—Don Rodrigo Calderon.—Apertura de los teatros.—Los magnates y las cómicas.—El actor Juan de Morales y su mujer.—Batallas académicas.

1612

Un dia tropezó de manos á boca el mexicano con cierto conocido antiguo de Salamanca, todo limpio, todo aseado, todo luciendo gorgoranes (cual diria el rey de los escritores), con un cuello tan exorbitante como almidonado, capa y ropilla negra, y sombrero á lo Felipe II, bien concluida obra del portugues. Saludóle muy cortesmente ALARCON, segun su máxima de que

Lengua honrosa, noble pecho,  
Fácil gorra, humano rostro,  
Son voluntarios Argeles  
De la libertad de todos; (228)

y fué pagado en la misma moneda. « Beso las manos al señor Tiniente de Corregidor en Méxi-